

La Guerra de Sucesión vista por los cronistas borbónicos: Robres, Miñana, Bacallar y Belando

F. XAVIER RIERA HERNÁNDEZ*

Si queremos entender cualquiera de los textos, debemos ser capaces de ofrecer una explicación no sólo del significado que se dice, sino también de lo que el escritor en cuestión pudo haber querido al decir lo que dijo.

QUENTIN SKINNER

El origen de este trabajo se remonta a unas conversaciones mantenidas con el profesor Pere Molas en el transcurso de mis años de estudio en la Universitat de Barcelona. Mi interés por la Guerra de Sucesión en la Península Ibérica me había llevado a la lectura de algunos de los autores que narraban la guerra desde el bando austriacista, algo lógico teniendo en cuenta que éstos abordaban el «*cas dels catalans*». En este sentido, y más allá de la abundante bibliografía sobre el tema, quería centrarme

* Trabajo de Diploma de Estudios Avanzados, leído en el Departament d'Història Moderna de la Universitat de Barcelona el día 29 de octubre de 2008, ante un tribunal formado por los profesores M.^a Ángeles Pérez Samper, Joan Sureda Pons y Xavier Gil Pujol (director del trabajo). Obtuvo la calificación de sobresaliente.

en la lectura de las fuentes originales, siempre en busca de la visión de aquellos que vivieron los acontecimientos en primera persona. Al profundizar en esto, me interesé por cómo los autores del bando borbónico habían interpretado los hechos bélicos y por cómo abordaban lo sucedido en los territorios de la Corona de Aragón, analizando también el proceso que llevó a la desaparición de la misma. Fue así como el profesor Molas me habló de cuatro cronistas borbónicos, dos de ellos autores de referencia, Bacallar y Miñana, y los otros dos menos conocidos, Robres y Belando. De las obras de los primeros existen reediciones contemporáneas. El diplomático sardo Vicente Bacallar y Sanna escribió unos *Comentarios de la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el animoso*, reeditado en 1957 dentro de la Biblioteca de Autores Españoles con un extenso estudio introductorio del historiador Carlos Seco Serrano. En cuanto al fraile valenciano José Manuel Miñana, una reedición de su obra *La Guerra de Sucesión en Valencia* fue publicada en 1983 por la Institució Alfons el Magnànim. Diferente era la situación de los otros dos cronistas, aunque en el caso del primero se estaban produciendo cambios. El noble aragonés Agustín de Mendoza y Pons, más conocido como conde de Robres, escribió unas *Memorias para la historia de las guerras civiles de España* que no quiso dar a conocer en vida. Posteriormente, ya en el siglo XIX, fueron publicadas sin que tuvieran repercusión entre los historiadores de la época. En los últimos tiempos su figura ha sido recuperada, concretamente en el mismo año que yo iniciaba mi trabajo (2006), por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales mediante la nueva publicación de las memorias del conde de Robres, contextualizadas con un estudio preliminar del historiador José María Iñurritegui. El cuarto autor, el más desconocido de todos, era un fraile franciscano, Nicolás de Jesús Belando, que escribió una *Historia Civil de España. Sucesos de la Guerra y tratados de paz, de 1700 a 1733*, de la cual sólo se conservan los volúmenes originales publicados a mediados del siglo XVIII. Más allá de confiar en la exitosa difusión de sus obras por el simple hecho de pertenecer —como señala la bibliografía sobre la guerra— al bando vencedor, fue el profesor Molas quien me hizo reparar en las dificultades y las renunciadas de los

cuatro autores para poder divulgar sus obras. El libro de Bacallar no agradó a la corte y no fue reeditado posteriormente; el de Miñana no se publicó en España y se imprimió en Holanda años después de su muerte, gracias al ilustrado Gregorio Mayans. Robres, como hemos señalado, prefirió dejar sus memorias en un cajón para que llegaran a manos de generaciones venideras. Por otra parte, Belando tuvo problemas con la Inquisición por el enfoque de su obra, pero también por sus posiciones cercanas al regalismo, y aunque su *Historia* parece que fue del agrado del rey, llegó a ser retirada, mientras que él fue juzgado por el Santo Oficio en 1745.

Todo lo expuesto hasta aquí me llevó a una nueva reflexión. La bibliografía sobre la Guerra de Sucesión había utilizado como fuentes primarias a estos cronistas, de cuya afiliación al campo borbónico nadie dudaba. Pero los avatares en la difusión de sus obras, dispares pero en el fondo con características comunes, abrían, en mi opinión, nuevos interrogantes. Algunos de ellos, y especialmente los autores menos conocidos y estudiados, es decir, Robres y Belando (aunque recientemente Iñurrategui ha estudiado al primero ofreciendo nuevos enfoques sobre su obra), parecían mostrar su fidelidad hacia el monarca, aunque con unos matices dignos de ser estudiados. De todo ello extraje la idea de que los cuatro no constituían un bloque monolítico, como en la mayoría de ocasiones parece mostrar la bibliografía contemporánea. Fue así como surgió este estudio.

Para llevar a cabo este trabajo, estructuré mi estudio en varios apartados. En primer lugar abordé la biografía de los cuatro autores prestando especial interés en cómo la guerra había marcado sus vidas, un aspecto que podía reflejarse en sus obras. También profundicé en el resto de su producción escrita, que era abundante en los casos de Bacallar y Miñana.

El siguiente apartado, el más extenso, consistió en un estudio comparativo de las cuatro obras; para ello, opté por estructurarlo en diferentes temas para ver cómo los había abordado cada cronista y de esa forma extraer los matices individuales. Así, quise empezar esta parte del estudio con una referencia a la estructura de cada una de las obras y al

período cronológico que abordaban. En el caso de Bacallar y Belando es similar, porque tratan del primer cuarto del siglo, mientras que Miñana se centra en los años de guerra en Valencia, igual que hace Robres en el caso aragonés. Territorialmente, estos últimos prestan atención a sus reinos, mientras que la obra de los dos primeros es mucho más ambiciosa y pretende ofrecer una visión global de lo que sucedió en la Península Ibérica y en el resto de Europa durante la Guerra de Sucesión. Se fijaron cinco temas para conocer los puntos de vista de los cronistas estudiados. En primer lugar, el más evidente, cómo habían abordado el pleito sucesorio. En efecto, conocer de qué manera valoraban los últimos años de Carlos II y su muerte, el debate abierto con sus pretendientes, la figura de Luis XIV y la imagen de los aliados franceses, además de la visión que tenían sobre Felipe de Anjou y su rival, Carlos. Como no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la época histórica, otro tema fundamental para la época era el religioso. Aquí aparecían matices diversos: la pertenencia de cada uno de los bandos a una u otra religión; la presencia de varias dentro de la misma facción, en el caso de los austriacistas; las alianzas contra natura entre los países o el papel del regalismo son aspectos que no puedan pasarse por alto. El capítulo se estructuró en cuatro apartados. En primer lugar, el concepto barajado por el bando borbónico de «guerra contra los herejes», un elemento unificador en un primer momento. El segundo sería el contencioso abierto posteriormente contra el papa Clemente XI por su reconocimiento del archiduque Carlos. En tercer término se aborda el papel que desempeñó durante este período hasta su destierro Melchor de Macanaz, una figura abordada por Bacallar y Belando. Por último, un apartado que se remite a aspectos propios de la época que entonces destacaban mucho; titulado «Poderes y signos sobrenaturales», aborda todo tipo de signos o aspectos que pudieron atraer la atención de los autores, por ejemplo, una plaga de langostas en Valencia, el cometa que se pudo observar desde Barcelona en 1701 o el eclipse que Felipe y su ejército vieron cuando huían hacia Francia después del fracaso del asedio de Barcelona en 1706.

El tercer tema que planteo en mi estudio y que ha centrado buena parte de mi investigación es el de la guerra como enfrentamiento terri-

torial. Se trata de un tema poco estudiado, en comparación con los dos anteriores, y que han planteado en los últimos años historiadores como Simón i Tarrés, Albareda y Alcoberro. Como el capítulo anterior, dividido éste en cuatro apartados. En primer lugar plantea la visión que cada uno de los cronistas estudiados tiene del territorio; vemos así que mientras Robres o Belando se acercan más a una visión pactista entre el rey y el reino, Bacallar y Miñana abogan por una vía pragmática, propia de una sensibilidad más regalista. Este hecho se pone de manifiesto en uno de los temas que plantea este trabajo y que resume bien las diferencias y los matices que se observan en los cuatro autores. Se trata de la decisión por parte del rey Felipe de derogar los fueros de la Corona de Aragón, aspecto que todos tratan detalladamente y del que extraen conclusiones contrapuestas. Para el diplomático Bacallar, el rey hace lo correcto en respuesta a la rebelión de estos territorios; en cambio, Miñana, en el caso de Valencia, hace responsable de lo sucedido a las clases bajas del reino, mientras que Robres se lamenta de que la sublevación, desarrollada por algunos grupos concretos de los que habla en sus memorias, suponga la desaparición de un conjunto de normas que se remonta al origen de los reinos. En el caso de Belando, niño de la guerra y perteneciente a una generación posterior al resto de los autores, vemos que hace suya la idea de Bacallar y Miñana de considerar necesaria la introducción de una Nueva Planta en los territorios ocupados. La dura y larga resistencia del principado, reflejada en Barcelona hasta su caída el 11 de septiembre de 1714, y el papel que ésta juega durante la guerra se estudia en la última parte de este capítulo, cuyo título, «El cas dels catalans», rinde homenaje al panfleto anónimo que se publicó en Londres y en que se acusaba al gobierno británico de abandonar a los catalanes a su suerte. Aquí se atiende a la visión que cada uno de los cronistas tiene de los habitantes del principado y sus opiniones sobre la resistencia que éstos ofrecen ante las armas del rey. En relación con el asedio y la derrota final, es llamativo que Bacallar hable de la clemencia del rey, mientras que Belando destaque el valor de los resistentes. ¿Hasta qué punto las palabras del fraile franciscano eran atrevidas, aún más si tenemos en cuenta que se escribieron casi veinte años después del

asedio, cuando el poder de Felipe V estaba consolidado? Esta era una nueva pregunta que se me planteaba.

El cuarto aspecto que recoge el estudio es la guerra como enfrentamiento social, un tema muy evidente en la obra de Miñana, pero que no parece con la misma claridad en los textos de los otros cronistas. De sus apreciaciones y de la comparación entre ellos vemos cómo todos, de una forma u otra, hablan del papel que desempeñan en el conflicto los diversos estamentos y grupos sociales, en ocasiones por lo que cuentan y en otras por lo que omiten. Un ejemplo interesante lo encontramos en el caso del Reino de Aragón, donde vemos qué papel juegan los nobles en la guerra durante las diversas ocupaciones que sufrió el territorio.

Por último y para cerrar el bloque no querría olvidar un aspecto poco tratado hasta ahora por los historiadores actuales, aunque con excepciones, como sucede en el caso del historiador Torras y Ribé. Me refiero al final de la guerra y la represión llevada a cabo por el bando vencedor. Para realizar el siguiente apartado e ir más allá de la bibliografía sobre la Guerra de Sucesión, desde la clásica a la reciente, se hacía necesario fijar un marco teórico concreto. Mi objetivo era referirme a los avatares que sufrieron cada una de las obras y cada uno de sus autores, atendiendo además a otra evidencia: los cuatro cronistas eran súbditos de la Corona de Aragón. La lectura de varios autores como Quentin Skinner o Peter Burke me ayudó a leer los textos originales con una visión nueva, fijada por el contexto de la época. Por otro lado también debo destacar la influencia en mi trabajo de la obra de los historiadores de la cultura, especialmente Giovanni Stiffoni, Enrico Bogliolo y Antonio Mestre. El siguiente paso consistió en realizar un seguimiento pormenorizado de lo que ocurrió con cada una de las obras una vez fueron escritas. Así, Robres, consciente de que sus afirmaciones no hubieran dejado indiferente a ninguno de los dos bandos, abandonó la pluma antes de que finalizara la guerra, cuando Aragón fue ocupado por segunda vez por las tropas de Felipe V y perdió definitivamente sus fueros. Como ya señalamos, su obra no gozó de difusión hasta el siglo XIX: hasta hoy, la mayoría de los historiadores lo consideran bor-

bónico, aunque no faltan tampoco quienes lo califican como austriacista. En la misma línea que Iñurritegui, creo que más allá de su pertenencia a un bando u otro el valor de su obra está en su independencia, algo que el texto muestra en cada una de sus páginas. Diferente es el caso de Miñana, pues frente a la imparcialidad de Robres el sacerdote desata todo su odio hacia los partidarios del archiduque, aunque ello no resultó suficiente para que su obra fuera conocida en su tiempo. Sólo el interés del ilustrado valenciano Mayans hará posible, años más tarde, su publicación en Holanda. ¿Cuál era el problema de esta obra? Todo apunta a que en ella aparecían algunos personajes que no tenían ninguna clase de interés en que se conociera su actuación durante los años de guerra, algo similar a lo que ocurre con Bacallar y Sanna, fervoroso partidario de Felipe V, pues algunos de los pasajes de su libro relacionados con hechos ocurridos en la corte parecieron no gustar demasiado en el entorno del monarca. Aunque el libro se publicó en Génova en 1725 y dos años después se volvió a imprimir en Barcelona, éste pasó desapercibido ante el interés real de limitar su difusión. De la obra de los cuatro cronistas, la de Belando es la que me pareció más interesante y me abrió nuevas perspectivas. Como ya se ha dicho, la *Historia Civil* fue prohibida por la Inquisición y nunca ha vuelto a ser publicada. Además, el estudio introductorio de la reedición de la obra de Bacallar, escrito por Carlos Seco Serrano en 1957, restó importancia a su valor. El historiador afirma con rotundidad en esta introducción que la obra del franciscano sólo era una mera copia de la escrita por el diplomático sardo. Por el contrario, la obra de Belando quiere aproximarnos a un nuevo tipo de historia e ir más allá del concepto que se tenía de ésta durante la primera mitad del siglo XVIII; su autor pretende escribir una historia «civil», desde «abajo», que tenga en cuenta a los individuos y deje en un segundo plano aspectos como las gestas de armas o el papel de los nobles. Sólo Iris Zabala, en la década de los setenta del siglo pasado, pareció reparar en las aseveraciones de Seco Serrano, pero sus palabras no parecen haber tenido eco alguno. La falta de datos sobre Belando hace que tampoco sepamos muchos de su biografía; lo poco que se conoce de él proviene del juicio al que se le sometió. Mis investigacio-

nes en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Archivo Histórico Nacional me llevaron a localizar, en el segundo, las actas del proceso abierto por la Inquisición contra el religioso. De la lectura de éstas se extraen una serie de datos que alejan al autor de la visión simplista que ofrece de él Seco Serrano. Belando se nos presenta como un erudito ilustrado preocupado por su tiempo y deseoso de acercar el conocimiento de la historia a otras capas de la población. Además, y más allá de definirse como un autor próximo al bando borbónico, mantiene relaciones, no sin dificultades, tanto con Macanaz, al que ve en Francia, como con exiliados austriacistas en Viena, capital a la que parece que llegó a viajar. Todo ello lo convierte en una figura transversal que sería necesario conocer mejor. En esta línea también cabe destacar que mantuvo contacto con personalidades de la corte que eran partidarias de fomentar el librecambio con las colonias, una idea que también compartían y predicaban personajes exiliados en la capital austríaca como Amor de Soria, una figura redescubierta por Ernest Lluch hace una década. En relación con el fraile franciscano Nicolás de Jesús Belando, concluyo mi estudio formulando una nueva valoración apreciativa de su trabajo, hasta tal punto que sería necesario reeditar sus principales obras, especialmente su *Historia Civil de España*, completada con un estudio sobre su autor. De esta manera el religioso alicantino estaría al alcance de los especialistas y también de los lectores interesados en esta época.

Para finalizar querría insistir en dos ideas. En primer lugar, destacar el origen de cada uno de los cuatro autores. Más allá de su pertenencia a uno de los bandos en conflicto, la procedencia de los territorios de la Corona de Aragón muestra su interés en dejar constancia de lo sucedido y explicar las circunstancias que llevaron a la abolición de los fueros por su delito de rebeldía contra Felipe V. En cambio, dentro de la Corona de Castilla no destaca ningún autor de los años de la guerra que recoja lo sucedido durante el conflicto y las consecuencias del mismo. En segundo término, quiero llamar la atención sobre el papel y el esfuerzo de Robres, Bacallar, Miñana y Belando para dejar constancia de lo que les tocó vivir; me refiero a su «oficio» como historiadores. En todos los casos creo que podemos percibir su interés en lo que para ellos

era la «verdad» de los acontecimientos y en construir un relato histórico que trata de recoger todos los puntos de vista mostrando los intereses, los esfuerzos y el devenir de las diferentes apuestas sucesorias en liza, además de su afán a la hora de detallar y aportar la máxima información posible sobre todo lo que sucedió, aspectos ambos, que como ya se ha destacado, acabaron causando problemas a sus autores y que impidieron una difusión general de sus obras, tanto en su época como en períodos posteriores.